

CAPÍTULO LVIII

PASADO ALGÚN TIEMPO

Creció y menguó el mar, en el flujo y reflujo de sus aguas, durante un año entero. Durante un año entero los vientos y las nubes surgieron y desaparecieron : prosiguió el incesante caminar del tiempo entre tormentas y bonanza. Durante un año entero la famosa casa Dombey é hijo peleó por la vida contra desgraciados accidentes, sospechosos rumores, inciertas aventuras, desafortunados sucesos y, sobre todo, contra la infatuación de su jefe que no quería reducir sus empresas y no se hacía cargo de que su nave iba á merced del huracán y no podría resistir largo tiempo.

Un año transcurrió y la gran casa vino abajo.

Una tarde de verano, al año, menos algunos días, del casamiento en la iglesia de la City, empezó á susurrarse en la Bolsa que se declaraba una gran quiebra. Cierta señor, altivo y frío, conocidísimo, no estaba allí, como de costumbre, ni en persona ni representado. Al día siguiente era sabido que Dombey é hijo suspendía sus pagos y á la siguiente noche, en la lista de Bancarrotas aparecía á la cabeza dicho nombre.

Entonces sí que tuvo ocupación la gente. ¡ Pobre gente! tan crédula, tan poco maliciosa... ¿ Qué sabía aquella sociedad lo que era bancarrota? No, esta sociedad no traficaba con la religión, el patriotismo, la virtud, el honor. No se valoraba por el papel en circulación las promesas de pago y las bondades sin consecuencia. En ella no había nadie insuficiente en ningún concepto ni nadie carecía de dinero. Por eso estaba aquella gente tan furiosa, especialmente aquellos individuos que en cualquier otra sociedad habrían pasado por personas en vísperas de declararse ellos también en quiebra : estos eran los principalmente indignados.

Causa también de dispersión, aunque con carácter de sainete, era Perch, el ordenanza de oficina. Estaba escrito que Perch sería personaje famoso. Cuando ya podía presumirse que había vuelto á la vida privada, después de la celebridad que le dió el asunto del rapto y efectos consiguientes, he aquí otro gran acontecimiento que vuelve á ponerle en candelero : la bancarrota le restituye su importancia. Escurriéndose de su puesto en el recibimiento, ahora está sentado á la entrada de la misma oficina, mirando las extrañas caras de los síndicos, los tenedores de libros y otros contadores y peritos que ocupaban las mesas de los antiguos empleados. No había tenido que hacer Perch otra cosa sino dejarse ver en el establecimiento de bebidas de *King's Arms* — « Á las Armas del Rey » — y al momento le habían asaltado multitud de preguntas entre las cuales la más interesante para él era ésta : « ¿ qué quiere usted tomar? » Entonces se lanzaba Perch á la exposición de las zozobras porque había pasado mistress Perch en Ball's Pond cuando por primera vez sospechó que « aquello an-

daba mal. » Entonces, ante aquel auditorio ansioso relataba Perch en voz baja, tan baja como si la difunta casa estuviera de cuerpo presente en la habitación inmediata, entonces relataba Perch de qué manera había sospechado mistress Perch que andaban mal las cosas. Y era que le había oído, á él, á Perch, decir en sueños y con acento quejumbroso « doce y nueve peniques por libra, doce y nueve peniques por libra ». (1) Suponia Perch que este acto de somnambulismo tenía por origen la impresión que le había causado el cambio de fisonomía en mister Dombey. Entonces refería Perch que una vez había dicho á su amo : « Señor, me permite usted que le pregunte si se halla preocupado por algún funesto pensamiento? » A lo que mister Dombey le había contestado. « Mi fiel Perch, no, no puede ser eso » y que dándose una palmada en la frente había añadido « Déjeme, Perch ». Entonces, en fin, víctima Perch de su elevada posición, contaba toda clase de embustes, emocionándose á sí mismo hasta saltársele las lágrimas y hasta creer, él mismo, en fuerza de la repetición, que aquellas invenciones cuyas eran hechos de autenticidad indiscutible.

Cerraba Perch aquellas conferencias con una observación modesta y era que si bien pudo tener él alguna sospecha (por supuesto, que era incapaz de haberla tenido nunca), no era cosa de habérsela revelado á nadie, faltando á la confianza en él depositada. De modo que todos sus oyentes (la verdad es que no había entre ellos ningún acreedor de la casa) queda-

(1) Doce chelines y nueve peniques : poco más de media libra, es decir, de un 50 por 100. Tal vez podría traducirse esta frase « *Cincuenta por ciento, cincuenta por ciento* » (N. del T.).

ban muy bien impresionados por tan exquisita delicadeza y no escatimaban sus felicitaciones al héroe del relato. De esta manera tornaba Perch á su oficina, tranquilo de conciencia, volviendo á contemplar las extrañas caras de los tenedores de libros y de los otros contadores, tan diestros en desenmarañar el misterio de los grandes libros. De cuando en cuando entraba, andando de puntillas, en el despacho de mister Dombey, para atizar la lumbre, por más que en aquella habitación no había nadie. De cuando en cuando también salía á la puerta de la calle para tomar el aire y para cambiar algunas palabras con algún conocido, si por allí pasaba. Finalmente, la principal ocupación de Perch no era otra que rodear de atenciones al jefe de los síndicos, de quien esperaba una recomendación para entrar de ordenanza en una Sociedad de Seguros de incendio, cuando se cerrara definitivamente aquella casa.

Para el comandante Bagstock la bancarrota fué una verdadera calamidad. No tenía Bagstock un carácter inclinado á la simpatía — su atención estaba concentrada en J. B.; — no era hombre que experimentase emociones, excepto en el concepto físico cuando abría la boca para tomar aliento y cuando se ahogaba por falta de respiración. Sin embargo, tanto alarde había hecho en el club de su amistad con mister Dombey, tanto le había exhibido ante los principales socios y ante todos en general, de tal manera había empuñado á todo el mundo en fuerza de ponderar las riquezas de su amigo Dombey que, naturalmente, al saberse la quiebra, el Club en masa cayó sobre el comandante Bagstock preguntándole con sentimientos caritativos y con muestras de interés grandísimo qué sabía del acontecimiento, si

opinaba que la tremenda desgracia podía considerarse como enteramente imprevista y cómo soportaba su amigo Dombey aquel infausto golpe. Al escuchar tales preguntas el comandante se ponía purpúreo y replicaba que este mundo es perverso, señor, absolutamente perverso; que José no es de los caídos de un nido y, sin embargo, señor, se han burlado de él como de un chiquillo; que si le hubieran presagiado esto, señor, cuanto J. Bagstock se marchó con Dombey á Francia en persecución del tunante, él, J. Bagstock se habría reído en las narices de quien se lo hubiese contado, si señor; vaya si se hubiese reído! Pero que ahora ya era otra cosa muy distinta, señor, ahora comprendía José que le habían cogido en un lazo. Vamos, señor, que si el padre de Pepe B. viviera, si se levantara de la tierra mañana, no tendría confianza, ni siquiera por un penique, en el viejo marrullero y diría que á su hijo Pepe no le había servido de nada ser un astuto veterano: que él era un simple, un impertinente, un agotado J. B., señor; y que si no fuera por los respetos que tenía obligación de guardar un viejo comandante, un viejo camarada que había tenido el honor de ser favorecido y elogiado por sus Altezas Reales los duques de Kent y de York, si no fuera por esta consideración se retiraría inmediatamente á concluir su vida en un tonel, si señor; y plantaría su tonel en medio de Pall Mall, si señor, para exponer en público su desdén por el género humano.

Todo esto y las infinitas variaciones en el mismo tono, acompañadas con síntomas de apoplejía como los movimientos rotatorios de cabeza y los gruñidos con que expresaba su resentimiento, dió por resultado la sospecha, en los socios más recientes del

Club, de si el comandante habría colocado dinero en la casa Dombey y ahora lo daba por perdido. Pero tal sospecha no cabía más que en los socios recientes: los antiguos, los que conocían bien al comandante no era posible que tuvieran semejantes ideas. El malaventurado indigena no manifestaba opinión alguna: sufría de manera terrible y no solamente en su sensibilidad moral fusilada con ensañamiento por aquel tirano, á todas las horas del día, sino en su sensibilidad física acribillada á golpes y porrazos con vigor nunca desmentido. Durante seis semanas, á partir de la bancarrota, el desgraciado indigena vivió bajo un impetuoso chaparrón de tirabotas y cepillos.

Mistress Chick tenía tres ideas definitivas respecto al acontecimiento tan adverso y eran, la primera que no comprendía una palabra; la segunda que su hermano no había hecho un esfuerzo; y la tercera que si la hubieran invitado á comer el día de la primera recepción no habría acontecido el desastre: ya lo anunció á su tiempo.

De todos modos, cualquiera que fuése la opinión acerca de las causas, el efecto era lo indiscutible y estaba allí de manifiesto. Pronto se supo que los negocios de la casa se arreglarían con bastante facilidad, pues mister Dombey aportaba lealmente á la liquidación todo cuanto poseía sin solicitar la menor exención. Ni tampoco tenía el propósito mister Dombey de reanudar ninguna clase de negocios: ni pensarlo siquiera: había dimitido todos los cargos de confianza ó distinción que desempeñaba, obtenidos en consideración á su jerarquía mercantil. Se moría, según algunos; se había vuelto loco de tristeza, según otros: era hombre perdido, según todos.

Los empleados de Dombey é hijo se dispersaron,

después de una comida de condolencia exhornada con canciones cómicas para despedirse gratamente. Unos encontraron colocación en el extranjero, otros en casas del país, algunos se acordaron de que tenían amigos en alguna parte y sintiéndose repentinamente poseídos de gran afecto hacia ellos, les pidieron auxilio; por último, varios anunciaron en los periódicos su demanda de empleo. El único que no se movió de la casa fué Perch, siempre ocupado en mirar la cara de los síndicos y en captarse la benevolencia de aquel de quien esperaba la recomendación para la Compañía de seguros. Pronto la casa de comercio presentó aspecto sucio y descuidado. El principal vendedor de zapatillas y collares de perro, en la esquina del pasadizo, hubiera vacilado en llevarse ni un dedo al sombrero si mister Dombey se hubiese presentado por aquellos lugares. En cuanto al recadero, metidas las manos bajo el mandil blanco moralizaba acerca de la ambición que no en vano (decía) rima con perdición.

Mister Morfin, el solterón de cabeza cana, tal vez era la única persona de la casa — con excepción, naturalmente, del jefe — sincera y profundamente afectado por el desastre. Durante muchos años había tratado á mister Dombey con el respeto y deferencia debidos, pero sin disimulo de su carácter natural, sin humillarse indignamente, sin lisonjear la pasión de su jefe como medio de obtener beneficio. Por esto no tenía que vengarse de agravios; no había avanzado demasiado para tener que retroceder ahora. Trabajaba desde por la mañana hasta por la noche en resolver las dificultades y complicaciones de la casa, siempre pronto á dar las explicaciones que le pidiesen. Algunas veces se quedaba hasta hora avanzada

de la noche, estudiando determinados puntos con objeto de evitar á mister Dombey el disgusto de tener que intervenir en la cuestión por sí mismo. Luego regresaba á Islington y calmaba su ánimo sacando de su violonchelo los sonidos más melancólicos y quejumbrosos, antes de meterse en la cama.

Una noche, estaba solazándose con estos melodiosos lamentos, más profundos por lo mismo que la tarea de aquel día había sido muy pesada, cuando la persona que le servía entró en la habitación anunciándole que una señora quería hablarle. Una señora que vestía de luto.

El violonchelo se paró inmediatamente y el ejecutante, acostándolo en un sofá con gran ternura, mandó que entrase la visita.

Era Enriqueta Carker.

— ¡Sola! dijo mister Morfin. — Y John ha venido ya esta mañana. Alguna cosa ocurre. Aunque no; el semblante de usted me indica que no pasa nada desagradable.

— Mucho me temo que le parezca interesada mi visita — dijo Enriqueta.

— Muy grata, desde luego — repuso Morfin. — Y si es interesada ya estoy con viva curiosidad de saber en qué consiste ese interés. Pero siéntese usted, primero.

Ofreció una silla á miss Carker y él se sentó enfrente.

— No se sorprenderá usted de verme sola cuando le haya enterado de los motivos que me traen á su casa. ¿ Puedo hablarle ahora? — preguntó Enriqueta.

— Nunca mejor — contestó Morfin.

— Tal vez estaba usted ocupado.

Morfin indicó el violonchelo que descansaba en el sofá y dijo :

— He trabajado todo el día. Aquí está mi testigo, el confidente de todas mis penas. Bien quisiera no tener que referirle más que las mías.

— ¿La casa está en el último extremo? — dijo Enriqueta.

— Enteramente.

— ¿No se levantará nunca?

— Nunca.

La expresión luminosa de Enriqueta no se alteró á pesar de repetir aquella desesperanzada palabra. Morfin lo observó con alguna sorpresa y volvió á decir :

— Nunca. Acuérdesse usted de lo que la he dicho. No hay manera de convencerle : es imposible razonar con él ; algunas veces ni hay modo de acercársele. Ha caído la casa en las peores condiciones y no existe la posibilidad de levantarla.

— ¿Y míster Dombey está personalmente arruinado?

— Arruinado.

— ¿Y no le queda nada, nada?

El apresuramiento de Enriqueta, su voz, el júbilo que parecía revelarse en ella, sorprendían cada vez más á Morfin : aquello estaba en discordancia con sus propias emociones. Repicó con los dedos de una mano, en la mesa, miró á Enriqueta pensativo y moviendo la cabeza y después de una breve pausa, dijo :

— No conozco de una manera exacta los recursos con que cuenta míster Dombey ; pero sí sé que sus obligaciones son enormes. Es un caballero de grande

honor é integridad. Cualquiera otro hombre en igualdad de circunstancias hubiera propuesto á sus acreedores un convenio que de seguro hubieran aceptado, pues no habrían perdido casi nada. Con esto habría salvado míster Dombey una parte de su capital, lo bastante para vivir. Pero es extraordinario en sus decisiones : quiere pagarlo todo, hasta el último céntimo, si alcanza á ello su haber, sin la menor reserva. ¡ Ah, miss Harriet ! debiéramos acordarnos con más frecuencia de que muchas veces los vicios no son otra cosa que virtudes llevadas al exceso. Su orgullo es buena prueba de esto.

Oíale miss Carker como distraída, como si estuviera atenta á otra idea. Cuando Morfin dejó de hablar, su interlocutora le hizo otra pregunta :

— ¿ Le ha visto usted últimamente ?

— No le ve nadie. Cuando por inexcusable necesidad de sus negocios tiene que salir á la calle, tan pronto como puede vuelve á encerrarse en su domicilio y no recibe á nadie. Me ha escrito una carta elogiando los servicios que he prestado á la casa y despidiéndose de mí. Tengo reparo en molestarle ahora con mi presencia, cuando en otros tiempos tampoco tuve con él trato personal. Sin embargo, he tratado de verle, he ido á su casa, después de haberle escrito, he insistido : todo ha sido en vano.

Miraba Morfin á Enriqueta con la esperanza de que demostraría al fin algún sentimiento : por esto hablaba con tono reposado y dejando comprender su emoción : pero no por esto cambió la expresión de Enriqueta.

— Bueno, bueno, miss Harriet — añadió Morfin bastante contrariado — todo esto no hace al caso. Ha venido usted para algo más interesante sin duda.

Digame usted de qué se trata y nos encontraremos probablemente más de acuerdo.

— No, no; es el mismo tema — dijo Enriqueta con franca y manifiesta sorpresa. — ¿Acaso no debe ser así? ¿No es natural que John y yo hayamos pensado en estos grande cambios y hayamos hablado mucho de ellos? Mister Dombey, como acaba usted de decir, se halla reducido á la pobreza. Pues bien; ahora mi hermano y yo somos poderosamente ricos.

Aquel rostro, tan lleno de bondad y de afecto, tan agradable como había sido hasta entonces para el reflexivo solterón pareció á éste en aquellos momentos casi desagradable: tan radiante y tan gozoso le veía.

— No recordaré á usted — dijo Enriqueta mirando á su traje de luto para indicar el motivo de su alusión — de qué manera nuestra posición ha cambiado. No ignora usted que nuestro hermano James no dejó testamento y que nosotros somos sus herederos únicos.

Morfin respiró con más facilidad y halló más grata la palidez de su interlocutora: empezaba á comprender la actitud de ésta.

— Usted conoce nuestra historia — prosiguió Enriqueta; — la historia de mis dos hermanos, su relación con ese desgraciado caballero de quien acaba usted de hablar tan acertadamente. Ya sabe usted qué reducidas son las necesidades de John y mías, qué poco dinero requieren, después de la vida que hemos hecho durante tantos años, y ahora menos que antes, puesto que gracias á la bondad de usted ha conseguido mi hermano una colocación bastante remuneratoria. Ya va usted comprendiendo qué favor es el que voy á pedirle ¿no es cierto?

— No muy bien. Hace un instante si creí comprender; pero ahora ya no entiendo.

— No digo nada de mi hermano, el que ya no existe. Si los muertos supieran lo que hacemos... Pero, en lo que toca á mi otro hermano, el que me queda, no puedo decir más sino que considera como un deber sagrado la realización del propósito para el cual nos es indispensable el concurso de usted, y que no se hallará tranquilo hasta realizarlo,

El júbilo que iluminaba su semblante ahora la embellecía poderosamente á los ojos de Morfin.

— Querido señor — prosiguió Enriqueta — es preciso que todo esto se haga de una manera muy callada y secreta. La experiencia de usted y su conocimiento de los negocios le darán el medio de proceder convenientemente. Tal vez podría hacérsele creer, á mister Dombey, que por una circunstancia inesperadase ha salvado una parte de su fortuna; ó que se trata de un tributo voluntario á su honorabilidad y á su carácter, de parte de algunos de los que han tenido con él mayor número de negocios; ó que es el pago de alguna deuda antigua. En fin, usted escogerá el mejor medio, entre los que se hallen. El favor que solicito de usted es el de que nos ayude á salir adelante en nuestro propósito, usted, cuyo ánimo es tan generoso. Pero ruego á usted que no hable nunca de esto á mi hermano: la gran felicidad de John está en que no se haga mérito de esta restitución, que no sea motivo para que se le elogie. Resérvesenos, á mi hermano y á mí, una pequeña parte de la herencia y lo demás póngase en usufructo en manos de mister Dombey, mientras viva. Mantengamos esto secreto y hablemos del asunto lo menos posible. Por mi parte, si todavía